

¿Qué hacemos con las hinchadas?

Por Julián Martínez

El fútbol argentino

El fútbol argentino es un fenómeno complejo difícil de abarcar, definir o caracterizar. Tiene múltiples aristas que van desde la mera práctica de un juego hasta el negocio millonario de algunos, pasando por un entretenimiento televisivo de masas, el medio de vida de miles de personas (no pensemos solo en jugadores) y, finalmente –y aquí radica seguramente su mayor complejidad–, un fenómeno social y cultural que ha ido evolucionando al compás de la historia argentina, a lo largo de más de 100 años desde su llegada.

Si bien en muchísimos países el fútbol es el deporte más popular y difundido, en la gran mayoría de ellos, los espectadores juegan un papel distinto al que han adquirido en el nuestro y en otros, sobre todo sudamericanos. No perdamos de vista, sin embargo, que en todos o casi todos los países, el público juega su rol, acompaña a su equipo a múltiples destinos, inventa canciones y consignas, manifiesta su aprobación o reprobación de manera contundente, etc. Aunque es verdad que todo aquello suele darse en un marco mucho menos pasional y confrontativo.

Las hinchadas del fútbol argentino, entonces, merecen un tratamiento especial, lo más desprejuiciado posible, que busque entender antes que explicar. Que no se conforme con conclusiones simplistas del tipo “son 3 o 4 inadaptados”, ni aborde el tema desde un punto de vista de ext

Tuve maestras en la primaria que, al retar a un alumno por insultar en clase, solían preguntar, irónicamente: “¿Qué se piensa, que estamos en la cancha...?”. Seguramente no fui el único que presencié una situación así, pero en mi caso el colegio pertenecía a un club de fútbol y estábamos en el predio del estadio. Así que la respuesta era siempre la misma: “Sí, señor, estamos en la cancha...”

ma indignación moral. Esos abordajes pueden ser efectivos para ciertas columnas televisivas, pero difícilmente arrojen luz sobre un actor social tan complejo, cuya magnitud lo ha hecho famoso en el mundo y que, por momentos, se constituye en coprotagonista del espectáculo deportivo, mostrando algunas facetas que, de nuevo, no se presentan en todos los países futboleros.

La fiesta, el mito y la violencia

No nos detendremos demasiado en el aspecto festivo de las hinchadas, tema hartamente conocido, pero señalemos que sí es cierto que amantes del fútbol de varios países vienen a Argentina a

presenciar el espectáculo que baja de las tribunas, y que –tanto en los estadios grandes como en los más chicos– genera admiración y asombro. Digamos también que esta realidad es muchas veces magnificada e idealizada, colaborando en la construcción de un mito que opera mediante el misterio.

En Europa, por ejemplo, muchos/as hinchas están acostumbrados/as a viajar por varios países (generalmente en tren o vuelos *low cost* de no más de 2 horas), conociendo de ese modo las distintas atmósferas al interior de los estadios y el clima en los alrededores. Bastante inferior es el número de hinchas que ha cruzado el Atlántico para comprobar en persona si todo lo que se dice de los estadios argentinos es cierto.³⁷

Es decir, es verdad que las hinchadas argentinas generan un clima impactante que muchas veces vuelve más interesante el desarrollo del juego, el cual en los últimos años ha atravesado momentos de mediocridad y de chatura, cuando no de bajo nivel deportivo. Pero, como bien sabemos, en ese devenir que las transformó de meros espectadores a coprotagonistas durante el Siglo XX, han aflorado múltiples casos de violencia, discriminación, etc. En efecto, esa es la gran contracara de las hinchadas del fútbol argentino: una serie de casos de antisemitismo, xenofobia, enfrentamientos entre hinchas y con las fuerzas de seguridad, heridos y muertos. Todos estos tuvieron lugar, sobre todo, en los últimos 40 años, lo que provocó la prohibición del público visitante en los estadios del ascenso desde el año 2007 y en Primera División, desde 2013.³⁸

³⁷ La fascinación también se da cuando observan ciertas situaciones que nosotros hemos naturalizado: un perro cruzando la cancha cuando se está jugando, la hilera de policías con armas largas ingresando a las áreas tras el partido, el desprecio exhibido hacia los rivales aunque no se trate de “clásicos”, la animosidad constante hacia los árbitros desde el primer minuto, los alambrados altos para “aislar” el campo, los policías con escudos custodiando al que patea un córner, etc.

³⁸ En ambos casos la medida fue precipitada luego de la muerte de un hincha: en 2007 a manos de otra hin-

chada y en 2013 a manos de la policía. Siguió habiendo partidos con público visitante, pero siempre excepcionales (en Copa Argentina, en copas internacionales y en partidos puntuales de la liga local).

Por supuesto que los casos de violencia no se dan todos los fines de semana. Y, en general, el fútbol argentino transcurre con relativa normalidad; los operativos de cientos de policías forman parte del paisaje habitual, cortando varias calles alrededor de los estadios y efectuando numerosos controles de acceso para el público. Sin embargo, los cánticos discriminatorios se presentan en todos o casi todos los partidos y en todas las canchas, con niveles variables y con repercusiones también dispares. Así, se registran discursos homofóbicos, antisemitas, xenófobos, racistas, clasistas y un sinnúmero de ofensas e insultos que, si bien muchas veces no traspasan los límites de la confrontación dialéctica, en ocasiones derivan en hechos de violencia física, enfrentamientos armados y, como ya se dijo, asesinatos.

Y aquí el discurso de algunos (dirigentes, periodistas, funcionarios) ha apuntado a resaltar el aspecto discriminatorio o violento de las hinchadas, sin llegar a poder dar respuestas al porqué de dichas conductas o señalar cómo trabajar para erradicarlas. Y al respecto yo me vengo preguntando hace años ¿son las hinchadas del fútbol argentino eminentemente xenófobas, antisemitas y/o racistas?

Me atrevo a decir que no. Que, por supuesto, tienen componentes de ese tipo, como también los tiene la sociedad de la que emergen. Pero que el origen de los cánticos y banderas discriminatorias, así como del discurso de odio hacia los hinchas rivales –a quienes a veces se desea y promete la muerte– no proviene de un carácter intrínseco de los/as hinchas. De nuevo, no niego que sus acciones sean muchas veces discriminatorias y vergonzosas; las he presenciado en más de una ocasión como hincha que va a la cancha. Pero creo que todos estos comportamientos derivan de una matriz más general, que, arriesgadamente, intentaré describir en los párrafos siguientes.

chada y en 2013 a manos de la policía. Siguió habiendo partidos con público visitante, pero siempre excepcionales (en Copa Argentina, en copas internacionales y en partidos puntuales de la liga local).

Las hinchadas argentinas y la masculinidad

Partiendo de la notable caracterización que hicieron autores como Pablo Alabarces (2005) y José Garriga Zucal (2008), podemos decir que al interior de las hinchadas de fútbol impera una lógica denominada “cultura del aguante”. Esta consiste, sintéticamente, en un acompañamiento incondicional al equipo propio que no se limita, como en muchos otros países, a la presencia y el aliento en el estadio, sino que implica además una confrontación (generalmente verbal, pero en ocasiones también física) con el rival, como mecanismo para reforzar una identidad que se constituye y se consolida necesariamente por oposición a ese otro (Alabarces, 2005). Los autores agregan que tener “aguante” está vinculado, en el universo simbólico de las hinchadas, a la resistencia, la virilidad y la capacidad de ejercer y soportar violencia y dolor, configurándose un entramado de características legitimadas y deseables que aportan honor a quienes las detentan, a la vez que los habilitan a “per-tenecer”.

Esos rasgos, entonces, remiten a una suerte de “hombría” que es requisito indispensable para entrar en la consideración de los pares, lo cual nos lleva inevitablemente a introducir la discusión sobre la masculinidad y las formas tradicionales que ésta ha adquirido históricamente.

Citando el trabajo del Instituto de Masculinidades y Cambio Social, podemos enumerar algunas de las características que asume ese modelo de masculinidad preponderante, que nos ayudará a comprender las actitudes exhibidas por los/as hinchas y otros actores vinculados al fútbol. La masculinidad no es estática ni atemporal, sino que se va configurando a través de los años. Es una de las dimensiones de la división de géneros, que no es sino un dispositivo de poder construido social e históricamente para socializar a las personas mediante la distinción binaria entre hombres y muje-

res, a quienes se les asigna una serie de roles, mandatos y “guiones” que operarán sobre los cuerpos, los comportamientos y las relaciones. Y, además, según exponen Chiodi, Fabbri & Sánchez (2019):

...esa misma cultura exalta un tipo de masculinidad sobre muchas otras posibles. (...) se impone como norma y produce socialmente lo que debe esperarse de las personas que se identifican masculinas. Toda versión que no se corresponda con esa norma o guion hegemónico, será colocada en un lugar de inferioridad (p. 12).

Se les exige a las personas de sexo biológico masculino que se identifiquen como varones (o sea, cis-género³⁹) y que sean heterosexuales, pero también:

... desde pequeños, se les enseña a distinguir entre la actividad y la pasividad, (...) la fortaleza y la debilidad, el honor y la vergüenza, la valentía y la cobardía, el éxito y el fracaso, la dominación y la subordinación. Mientras que los primeros términos de estas dicotomías se construyen como deseables, los segundos aparecen asociados a las mujeres y a la femineidad como algo ajeno, secundario e inferior” (Chiodi, Fabbri & Sánchez, p. 12).

Así, los varones van aprendiendo desde chicos todas las consecuencias negativas al salirse de esos imperativos: burlas, maltratos o exclusión entre sus pares, a la vez que sanciones o muestras de decepción por parte de sus padres. Es por eso que, en muchas ocasiones, los varones se sienten compelidos a exagerar esas actitudes para que no quede ninguna duda de que están cumpliendo con lo que se espera de ellos y que no son (ni se comportan como) niños, mujeres u homosexuales, como señalan Chiodi, Fabbri & Sánchez (2019). Digamos también que afortunadamente dichos mandatos pueden ser cuestionados y deconstruidos, aunque se trate de procesos arduos y de muchos años.

³⁹ Es decir que la identidad de género autopercebida coincida con el sexo biológico que se le asignó al nacer.

Resulta evidente la relación entre las características que exigen las hinchadas a sus miembros y lo que la masculinidad hegemónica impone a los varones.

Basta con analizar los cánticos y menciones más repetidos en las tribunas argentinas para ver cómo el rival es acusado de detentar esos tres pecados imperdonables que mencionamos más arriba: ser un niño, ser una mujer y ser homosexual. En efecto, las categorías preferidas de las hinchadas son “puto”, “cagón”, “hijos nuestros”, “puta”, y las caracterizaciones apuntan a tildar al contrario de débil y sumiso (cómo la masculinidad hegemónica describe a los niños y mujeres), entendiendo además que el acto de penetrar al rival implica su humillación y su sometimiento (y por eso vencerlo es sinónimo de “cogerlo” o de “romperle el culo”).

Esa lógica apunta a establecer una dualidad, no entre hombres y mujeres, o entre heterosexuales y homosexuales, sino, como remarca Alabarces (2005), entre hombres y no-hombres. Es decir, entre un “nosotros” –los/as hinchadas dotados de los atributos de “aguante”, resistencia, valentía– y un “otro”, formado por quienes apoyan al equipo contrario, desprovistos de todas esas cualidades y que –en cambio– serían cobardes y sin aguante o, dicho de otra manera, “refugiados”, “amigos de la policía”, etc. De hecho, cuando digo “los/las hinchadas”, no lo hago por mera formalidad inclusiva, sino porque en efecto las mujeres hinchadas suelen comportarse según estos mismos patrones.

Los dos partidos que juegan las hinchadas

Los/as hinchadas tienen como objetivo último conseguir dos triunfos. Por un lado, el que se obtiene en ese enfrentamiento con la hinchada rival (o, mejor dicho, con todas las otras hinchadas) por ver quién tiene más aguante, quién canta más y más fuerte, quién “se la banca más”, quién “aguanta los trapos”, quién “corre”, etc. Y, por otro lado, el triunfo deportivo en sí mismo.

Al respecto del enfrentamiento entre hinchadas, es importante considerar algunos aspectos propios de ellas, que nos permitan conocerlas y entenderlas un poco más antes de tildarlas de irracionales o fanáticas. En efecto, parece haber una sobreactuación por parte de los/as hinchadas, pero no se debe perder de vista que ese fuerte sentido de pertenencia tiene un basamento real que no es únicamente la identificación con un barrio o con una tradición familiar heredada, sino que se hace material cuando recordamos que, por la naturaleza jurídica de los clubes, los hinchadas socios son sus “dueños” y tienen en sus manos gran parte de su destino. Si bien en los últimos años parece haber una brecha mayor entre las cúpulas directivas y los/as hinchadas, y aun teniendo en cuenta que no todos/as ellos/as son socios/as y se acercan a votar, en términos formales siguen siendo quienes eligen y remueven a los/as dirigentes que manejan a la mayoría de los clubes en tanto asociaciones civiles sin fin de lucro. Y, lo que es más, pueden ellos mismos llegar a ser presidentes/as o integrantes de las comisiones directivas.

Esto no es algo que se presente en todo el mundo, sino que, al contrario, el modelo que se ha impuesto en las últimas décadas en numerosas ligas de varios continentes es el de los clubes como empresas, manejados como cualquier otro negocio y donde los hinchadas son clientes que a lo sumo pueden pagarse un abono, generalmente altísimo, para ir a una platea.⁴⁰ Sumado a esto, las

⁴⁰ En la mayoría de los clubes de Argentina, en cam-

ligas poderosas del mundo obtienen sus principales recursos a partir de los *sponsors* y la venta de los derechos televisivos a otros países. Mientras que, en Argentina, si bien estos dos elementos son de vital importancia, los ingresos que provienen de los/as hinchas y los/as socios/as siguen teniendo peso relevante, tanto en la venta de entradas como en el pago de la cuota social. Es decir que el/la hincha socio/a que se siente dueño/a de su club es en efecto dueño/a de su club (o al menos de una pequeña parte) y puede involucrarse en su vida política, social y deportiva.

Y acá aparece otra dimensión (acaso más importante) y es que tanto los/as socios/as como los/as no socios/as entienden también que son los/as únicos/as que sienten eso por su club. En efecto, sospechan que los/as dirigentes pueden perseguir beneficios personales, que el periodismo solo está interesado en el *rating* y el morbo, que los jugadores profesan más amor por el dinero que por el juego, y que muchos de ellos “usan” a su club como vidriera para llegar a otros equipos y a otras ligas. Es decir, situaciones que contrastan con su pasión genuina y desinteresada⁴¹ que los lleva a verse a sí mismos como los legítimos apoderados y portavoces de los colores, y los indelegables defensores de su identidad (Alabarces, 2005).

De allí que, retomando lo señalado al principio del apartado, las hinchadas sientan que ponen en juego su honor (pero también el de su club, en tanto ellos son sus representantes más puros) al competir contra el rival de turno y contra toda otra hinchada. Y en ese juego dialéctico con la hinchada rival, repetir una y otra vez que son “putos” y “cagones” no alcanza para ganar la contienda. Después de décadas de insistir con esos términos cada

bio, los/as socios/as desarrollan una serie muy amplia de actividades que no guardan relación con el fútbol profesional: deportes amateurs de todo tipo, eventos sociales, reuniones políticas, actividades recreativas y educativas, etc.

41 Con la salvedad de algunos miembros de las denominadas “barras bravas”, que participan de actividades económicas, políticas y sindicales con distintos grado de legalidad según el caso.

fin de semana, se alcanzó una naturalización tal que (casi) ningún futbolero se siente muy ofendido por ellos. Pensemos, por ejemplo, que los árbitros –a instancias de los reglamentos de la AFA– detienen los partidos ante la presencia de cánticos o banderas discriminatorias relativas a la xenofobia o al antisemitismo, pero jamás se les ocurriría hacerlo al escuchar la palabra “puto”.

Por ende, las hinchadas tienen que ir más allá en esa búsqueda de degradación y denostación del rival, y es entonces que aparecen menciones discriminatorias, virulentas y humillantes de la más diversa índole.

Quien concurra seguido a la cancha coincidirá en que, generalmente, el tipo de agresión elegida por una determinada parcialidad depende, en gran parte, del rival de turno y no tanto de las características propias. Se buscarán las armas discursivas que resulten más efectivas para herir y sacar de quicio al rival eventual, teniendo que ser éstas las más acordes al estigma que pese sobre dicho actor. Se les dirá que son bolivianos o paraguayos a algunos, que pertenecen a cierta religión a otros, que no alientan ni acompañan a su equipo, que comen gatos si son de determinada provincia o barrio, que son muy pocos como para llenar ese estadio, e incluso que no poseen los servicios básicos de luz y gas.⁴²

42 Para algún desprevenido/a, ninguno de estos ejemplos es ficticio, sino que parafrasean canciones de cancha habituales.

Muchos cánticos pregonan estar siempre listos para el “combate”; es decir, el enfrentamiento físico, aunque éste no sea, sin embargo, tan frecuente. En cambio, la confrontación verbal se produce semana a semana y va escalando con los años; todas las hinchadas tienen el desafío de encontrar formas cada vez más hirientes y humillantes de referirse a los demás equipos y sus hinchas. Aunque, desde luego, la mayor atención está puesta en aquellos con quienes la rivalidad es más pronunciada, ya sea por cercanía geográfica, envergadura deportiva o historia.

En un contexto en el que la violencia simbólica es algo cotidiano y naturalizado a lo largo de muchos años, tener la creatividad y ocurrencia para lograr una agresión o provocación que realmente lastime la susceptibilidad del rival reviste un valor incalculable. Sin justificar ni absolver a quienes profieren estas consignas deleznable, creo importante volver a plantear que generalmente los cánticos xenófobos, antisemitas y racistas, entre otros, se desprenden de esta dinámica de confrontación y aniquilación simbólica del rival y no de la condición xenófoba, antisemita o racista de la hinchada en cuestión. Así, pueden utilizar como insultos las palabras “villero” o “cheto”, indistintamente. O pueden rendir culto al consumo de alcohol a través de un cántico, y un rato después usar eso mismo como ofensa hacia un jugador contrario que haya tenido algún escándalo al respecto.

Finalmente, a veces los cánticos no son discriminatorios y no por ello son menos violentos, sobre todo cuando insinúan la intención de matar al rival, ya que aunque supongamos que no es un deseo literal de la mayoría de los/as hinchas, conocemos y recordamos con tristeza todos aquellos casos donde esa aniquilación pasó del plano simbólico al real.

Como señalábamos al comienzo del apartado, el segundo triunfo que buscan las hinchadas es el de su equipo en el campo de juego, que es un fin deportivo en sí mismo, por supuesto. Pero tendrá incidencia en la relación de cada hinchada con hinchas rivales que sean sus pares en la vida cotidiana

(amigos/as, compañeros/as de trabajo, familiares, etc.) y ante quienes tendrá mayor o menor capital para la confrontación verbal según la suerte de su equipo en los partidos y en la temporada. Es decir que además del deseo genuino de ver al equipo propio alcanzar buenos resultados, el/la hincha sabe que le esperan ciertos “costos” personales si aquello no sucede. La victoria entonces se presenta como un escenario más que deseable, del cual las hinchadas se sienten en parte responsables y, por lo tanto, llevan adelante una serie de acciones que consideran tendrán consecuencias en el marcador final.

Aquí opera algo similar o, mejor dicho, complementario a lo que describimos acerca de los cánticos diferenciados según la hinchada rival.

Los mensajes agresivos y estigmatizantes no tienen como único destinatario a la parcialidad contraria, sino que también apuntan a los jugadores rivales con el objetivo de incidir negativamente en su rendimiento, y a la terna arbitral buscando intimidarla para condicionar sus fallos.

En efecto, el/la hincha supone (¿o sabe?) que volver loco al jugador que hace la banda (y que por lo tanto se ubica cerca de la platea lateral) puede hacerlo enojar o al menos distraerlo. Supone también que como el central rival encontró a su esposa

con un compañero (salió en todos los portales y programas “deportivos” de esa semana), recordarle que es un “cornudo” y dedicarle alguna canción a “su señora”, indefectiblemente tendrá que redundar en una merma de su rendimiento. Sabe que el enganche rival se accidentó cuando manejaba junto a sus amigos y que éstos perdieron la vida, por lo cual cantarle “asesino” no puede no afectarlo.⁴³

Como vemos, la hinchada no perdona cuando se trata de ganar sus dos partidos, y encima cuenta con dos aliados: la palabra mágica “folklore” –para minimizar cualquier tipo de mensaje o conducta violenta– y un sentido común que ve a los estadios como un ámbito donde las normas sociales pueden relajarse (por eso mis maestras al que insultaba le recordaban que el aula no era una cancha). Con esos ejemplos, lamentablemente reales, quiero enfatizar que las hinchadas suelen recurrir a las más diversas bajezas que se puedan concebir si consideran que éstas perjudicarán a los jugadores rivales o amedrentarán a los jueces. Y al igual que los cánticos destinados al público contrario, insisto con que esas consignas deben ser analizadas en el marco de la lógica que impera al interior de las tribunas, donde los actores se miden la testosterona mediante una gama muy amplia de acciones.

Quiero cerrar recordando algún que otro caso donde una hinchada le cantó a un rival que se iba a morir de cáncer. No creo que a nadie se le ocurra establecer que esos/as hinchas realmente deseaban tal cosa. Pero sí en cambio podemos pensar que muchas veces el impulso por humillar y vejar al contrario se impone por sobre la vergüenza o la autocensura que debieran aparecer antes de emitir mensajes de tal tenor.

43 Este fenómeno de cantarle las cosas más nefastas a los protagonistas no es exclusivo de la Argentina, aunque seguramente la animosidad que se percibe en los estadios de nuestro país sea algo mayor a la media.

El aguante de los profesionales

Antes de finalizar quisiera hablar del rol de los profesionales. Es decir, de los que trabajan y ocupan cargos clave en torno al fútbol argentino: me refiero a los jugadores (y cuerpos técnicos), los/as dirigentes y los/as periodistas deportivos.

Creo que esa “cultura del aguante” no es exclusiva de las tribunas, sino que en mayor o menor medida atraviesa a todos estos actores. Y, entonces vemos jugadores que invitan a los rivales a pelear tras el partido, que sobreactúan pasión (el hincha lo llama “tribunear”) para que no se diga que no sienten la camiseta o que por redes sociales provocan y chicanean a sus clásicos por tal o cual resultado deportivo.

Algo similar pasa a veces con los/as dirigentes, que muestran comportamientos poco protocolares y más bien desafiantes y confrontativos, cuando uno esperaría que fueran quienes aportaran racionalidad y desdramatizaran lo que en definitiva es un juego. Pero pareciera que algunos jugadores y dirigentes creen que mostrar respeto o reconocimiento hacia un rival puede ser recibido por los/as hinchas como un signo de debilidad y de capitulación. Por suerte, están los que no siguen este patrón. Suelen ser los que confían en que el rendimiento futbolístico es su mayor capital y carta de presentación, y no una declaración “polémica”.

En el terreno de la comunicación también se ven conductas de este tipo, sobre todo en los/as periodistas denominados partidarios/as, acostumbrados/as a adjetivar por demás y a incitar a sus colegas, o –mejor dicho– “picantear”⁴⁴. Los programas y portales no partidarios, por su parte, colaboran alimentando el morbo de la confrontación extradeportiva, dedicándole a veces más líneas o más minutos a discusiones, críticas y contestaciones cruzadas de protagonistas que al análisis del juego.

44 Son los periodistas que cubren únicamente a un equipo, del cual se asumen como hinchas.

La cultura del aguante, con particularidades según el caso, está presente, en mayor o menor medida, en todos los estamentos del fútbol argentino.

¿Qué hacemos con las hinchadas?

Sin dudas que el trabajo para avanzar en la erradicación de estas actitudes tan reprochables es muy complejo y extenso; requiere de la participación de todos los actores involucrados y no solo de las hinchadas. En efecto, como se dijo en la sección anterior, esa lógica del “aguante” no es exclusiva de aquellas, sino que recorre –con diferentes matices– a todo el vasto universo futbolístico. El abordaje, entonces, debe ser integral y articulado.

Creo que las campañas de concientización que apunten a combatir la discriminación y la violencia en este deporte no deben perder de vista ese núcleo del cual todas las consignas discriminatorias y ofensivas se desprenden, y no es otro que el de la masculinidad hegemónica y las formas concretas que asume en el contexto del fútbol. Erradicar, o al menos reducir, las manifestaciones violentas (verbales y físicas) irá indefectiblemente de la mano del cuestionamiento de esos comportamientos que la sociedad les ha presentado a los varones como deseables y esperables.

Me atrevo a decir que las políticas públicas en torno al fútbol argentino, orientadas a combatir los episodios de discriminación (xenófobos, antisemitas, racistas) y los hechos de violencia, deberán considerar ese marco de referencia en el cual ocurren, para así intentar desarmar las causas mientras se atacan las consecuencias.

Y sospecho que el “aguante” no se va a caer, sino que habrá que tirarlo.

REFERENCIAS

- Alabarces, P. (2005). *Fútbol, violencia y política en la Argentina: ética, estética y retórica del aguante*. Rio de Janeiro: UFRJ.
- Alabarces, P., Garriga Zucal, J. & Moreira, M. V. (2008). El “aguante” y las hinchadas argentinas: una relación violenta. En *Horizontes antropológicos*, año 2008, pp. 115-128. Porto Alegre.
- Chiodi, A., Fabbri, L. & Sánchez, A. (2019). *Varones y masculinidad (es)*. Buenos Aires: Instituto de Masculinidades y Cambio Social.